NÚMERO 1
AÑO 2014

LUCA

EL SONIDO Y LA FURIA

LUCA: EL SONIDO Y LA FURIA
MUSEO DEL LIBRO Y DE LA LENGUA

LUCA: "EL REVENTADO"
POR HORACIO GONZÁLEZ

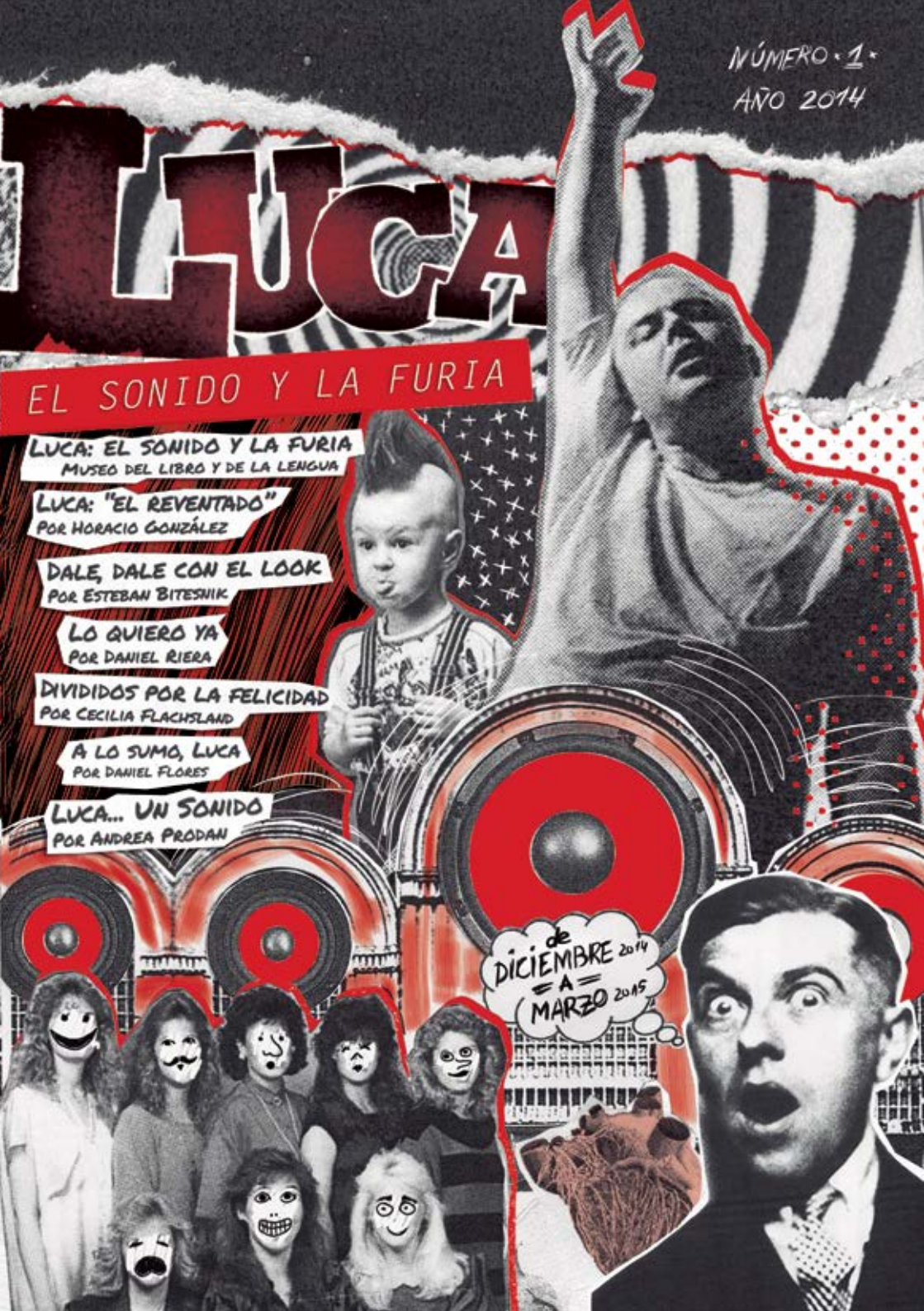
DALE, DALE CON EL LOOK
POR ESTEBAN BITESNIK

LO QUIERO YA
POR DANIEL RIERA

DIVIDIDOS POR LA FELICIDAD
POR CECILIA FLACHSLAND

A LO SUMO, LUCA
POR DANIEL FLORES

LUCA... UN SONIDO
POR ANDREA PRODAN



Pág. 2 **LUCA: EL SONIDO Y LA FURIA**
MUSEO DEL LIBRO Y DE LA LENGUA

Pág. 4 **LUCA: "EL REVENTADO"**
POR HORACIO GONZÁLEZ

Pág. 6 **DALE, DALE CON EL LOOK**
POR ESTEBAN BITESNIK

Pág. 8 **LO QUIERO YA**
POR DANIEL RIERA

Pág. 12 **DIVIDIDOS POR LA FELICIDAD**
POR CECILIA FLACHSLAND

Pág. 16 **A LO SUMO, LUCA**
POR DANIEL FLORES

Pág. 18 **LUCA... UN SONIDO**
POR ANDREA PRODAN

DICIEMBRE 2014 - MARZO 2015 / MUSEO DEL LIBRO Y DE LA LENGUA

LUCA

EL SONIDO Y LA FURIA

Un cantante es, ante todo, una voz. Que reconocemos a simple escucha, estado de la memoria, vivencia del consuelo o la alegría, desazón del disgusto. Es una voz, y decir eso es decir que es un estilo de usarla, un modo del cuerpo y de la experiencia. Por eso, la palabra no es sólo el signo, sino la textura, la materia con la que se presenta en la oralidad: las voces de los otros. Si la identidad del documento no deja de acarrear la interpelación institucional –un nombre adjudicado e inscripto, aunque se vaya convirtiendo en nombre propio–, la voz es lo que la suspende, solicita el reconocimiento sin esa identificación, como bien sabe el hablante telefónico o el llamado por un conocido en la calle. Sabemos quién nos habla aún antes de decir su nombre, ante el mero "hola" que suena en el auricular. Singularidad extrema, no es, sin embargo, la de la huella digital. Ésta proviene del azar de ciertos trazos, que no serían jamás iguales y su precisa diferencia la convierte en materia policial. No hay una ficción policial cuyo índice de descubrimiento sea la voz, aunque ésta a veces se oculte o enmascare. O sea, su singularidad es otra: ni la identidad con la que somos nombrados en los registros estatales, ni la biológica distinción de la huella.

Es una singularidad social, un modo de maceración del estado de lo colectivo en el individuo. Liliana Herrero supo decir que la voz piensa un territorio: "La voz se inscribe en una huella. La tradición, el pasado, el horizonte cultural. No hay canto sin huella. La voz piensa, produce sentido, habla. La voz piensa su pasado de grito, de lamento o de desafío. Son los dones naturales en choque con la cultura los que producen el canto, pero nunca de un modo en que se olvide su pasado 'animal', es decir, sufriente, conmemorativo, o de lucha." La voz, entonces, en la tensión naturaleza-cultura. Hecho histórico y materia animal. En la voz está la nación, la región, la clase, la lengua, el sexo. Las pertenencias múltiples en las que nos hacemos sujetos, cargamos el propio estilo, nos inscribimos individualmente en la experiencia común.

Luca, escribió Matías Serra Bradford, es ante todo una voz. Inconfundible. Abigarrada. En esa voz está el origen romano y una vida familiar en la que el niño se codea con las zonas glamorosas del jet set. Está el colegio escocés y la violencia del escupitajo punk. Están las lenguas en las que navega y está el velero sin idilio. Está el cosmopolitismo de un salvaje y el nacionalismo irónico del que recién llega a su patria. La voz del paria que sólo puede fugar y del que fue parido en cuna de oro. Está, en esa voz, un momento de la Argentina, la época en la cual él llega, los campos de la muerte y un patrioterismo agitado por las islas.

Buscamos en la voz de Luca esas huellas de lo argentino. Quizás, también, el otro rostro de la transición democrática o el fin de la dictadura. Porque frente al rostro de la Constitución y el pacto, de los partidos políticos renovados y las primaveras institucionalistas que merecimos, estaba el vitalismo oscuro del under, los laboratorios en los que otras juventudes producían la cultura con la cual intentarían sacudirse aquello que la dictadura quiso hacer de sus cuerpos.

La voz de Luca –ese último gran inmigrante italiano en estas tierras maceradas por sudor y sueños migratorios–, multiplicada en dispositivos y auriculares, en cassettes enviados a su familia y en canciones grabadas, habita en estos meses el Museo del libro y de la lengua, para ser escuchada y en sus pliegues, en su grano, escuchar algo del sonido y la furia que también nos pertenece.

LUCA: "EL REVENTADO"

Una extraña imagen de Luca Prodan en Youtube –todo lo que se ve ahí es extraño, fragmentos sueltos e imposibles de un caleidoscopio imposibilitado de poder armar alguna vez su figura final– nos conduce hacia una de sus respuestas a una inesperada pregunta sobre si era "un reventado". Esta breve filmación, el pedacito de un planeta desaparecido, una kriptonita suelta entre los retazos sueltos de un estallido cósmico, nos permite ver la airada respuesta del músico: ¿"cómo reventado"? Dice: hablo cuatro idiomas, fui a los mejores colegios ingleses, uno de los que estudiaba conmigo era el Príncipe de Inglaterra…
Y de repente "¡soy un reventado!"

El entrevistador es torpe, aun si lo juzgáramos con la máxima indulgencia. Pero usa una palabra corriente, antes y ahora, en nuestro idioma fraguado en las ásperas casualidades de una lengua urbana. El "reventado", el "reviente". La imagen es poderosa y mantiene su poder destructivo, pero con inocencia. Poder actuar con absoluta ingenuidad y pronunciar las palabras más terribles u ofensivas, es el gasto permanente de los caudales de un tesoro que nos ofrecen las lenguas. El muchacho que pregunta –es un programa de televisión, como entrevistador es un lesionado espontáneo de la idiomática de ese medio–, no percibe la indeclinable desmesura de lo que ha hecho. Sonríe.

¿Por qué debería ser visto adustamente, si acató la lógica del preguntón mediático, como dúctil vasallo vestido con un turbante que ya en los años 80 era el signo aceptado de la indumentaria burocráticamente exótica con la que aún hoy se nos martiriza?

La respuesta de Luca Prodan mantiene una cauta indignación, con ceño fruncido invoca colegios prestigiosos, invoca a príncipes, invoca su condición de políglota. Su inflexión es la conocida, el palimpsesto idiomático, con una remota sonoridad del italiano, que subyace en su castellano que quiso ser perfecto y que poseía el encanto de lo laborioso. Este gran músico, de una sensibilidad muy precisa para interpretar líricamente los absurdos del mundo, los lugares vacíos, que nosotros, los "hablantes naturales" de este castellano argentino no frecuentamos, pone en juego, airadamente, a grandes colegios ingleses y sus consabidos príncipes.
Su mundo idiomático era "principesco", si optamos por llamar así a su versatilidad artística para ver e drama de las existencias –en primer lugar la suya– como la gran consecuencia de vivir dentro de las palabras, que parecen todas "naturales", no dejando nunca de ser cada una de ellas, y todas, totalmente "extrañas". Podía captar "de una" el alcance del "reventado" que es usual en nuestro decir diario. Se daba cuenta de inmediato lo que implicaba esa palabra "argentina" elaborada en una implacable fragua metafórica, el alto horno grácilmente destructivo en el que nos movemos, y si la podemos decir alegremente, "como si nada" (así lo hizo el entrevistador), para él, el príncipe de los idiomas -es decir, el que actuaba con una inverosímil comodidad en las zonas más oscuras que se implantan en nuestra conversación habitual- no se podía dejar pasar esta afrenta "a un caballero".

El mundo idiomático de Luca Prodan era una delicada configuración de membranas que se combatían unas a otras, y de allí surgía una alta poética de "príncipe y mendigo". Poseyendo los idiomas, sólo le quedaba sufrir, porque se sufre menos o no se sufre cuando con toda candidez ofendemos sin "darnos cuenta". Para eso están todas las partes duras, las piedras inmóviles de los "lugares comunes de un idioma", todo lo que aquí ponemos "entre comillas". A Luca Prodan, el extraño extranjero, que latía en el interior de los idiomas para usarlos como autodescubrimiento, todo le parecía hablado por primera vez, con su significado fresco, como en el primer día de la creación, capaz de herir y salvar como seguramente eran las posibilidades arcaicas de todo lenguaje. Volver a esa posibilidad primitiva era su juego dolorido, su Infierno del Dante –"Mañana en el Abasto" evoca el mismo camino de Virgilio– y su profunda incomodidad ante el uso gozoso de la idiotez.
Dicho de otra manera, él era principesco, pero en el sentido de un "moderno príncipe" (como lo denominaba otro estudioso del Dante, Antonio Gramsci), que desde una filología crujida, no "reventada", vivía la insoportable vida del hombre para quien toda palabra era novedad, fantasía y alborozo.

HORACIO GONZÁLEZ

DALE DALE con el LOOK

Huuuum!!!!

es lo primero que se oye en "No acabes", tercera canción de *Divididos por la felicidad*, primer disco de Sumo. Ese grito casi primal que viene desde el estómago, sube por el tórax y se hace sonido en la cavidad bucal ya es marca y tiene copyright. Es imposible escucharlo y no darse cuenta de una voz y un nombre: Luca Prodan. Una voz potente y nutritiva como la fisonomía del popularizado luchador de *After Cabón*, tercer y último disco del grupo. Casualidad o no, Luca, a su manera fue un luchador de sumo. Su placard consistía en ojotas, un jogging, una musculosa y su mítica campera de cuero. A eso sólo hay que sumarle algunos accesorios, como la cabeza calva y los anteojos negros. La imagen es la de un asceta en el siglo XX y si se piensa la música de Sumo hoy, también podríamos decir que persigue cierta claridad y transparencia, más allá de las oscuras influencias que haya traído de un Londres congelado en 1977. Tal vez esa es una de las paradojas que envuelve a Luca y su música, que sólo se puede describir en binomios irresolubles o indescifrables: flaqueza/gordura; desnudez/ropaje; información/instinto; nacional/extranjero; vestuario/casual; under/profesionalismo. Y a esto se agrega un condimento particular, Luca Prodan era un romano, educado en uno de los mejores colegios escoceses y que tenía la calle de Londres. Sin embargo, toda esa información no fue alimento para "boquear" y alcanzar cierto status en el under porteño o, más aún, según su experiencia y capital cultural, intentar una profesionalización en tierras extrañas. Sumo era la confluencia de lo pardo y lo cheto, adjetivos muy comunes en un período donde los llamados opuestos convivían en un ámbito en el que, si bien podía haber alguna gresca al final de un show, la publicidad no marcaba los límites y contiendas que posteriormente dividirían lo light de lo calórico.

Siempre se pudo percibir cierta estética de la ruina sobre el escenario, en contraste con algunos jóvenes que se empilchaban con los buzos San Marcos, pantalones de corderoy color camel, camisa verde oliva colimba y corte de pelo "a lo Bodie", emulando al personaje protagonizado por Lewis Collins en la serie *Los profesionales* que, para ser leve, transmitía una ideología por lo menos cuestionable. Y a este dale dale con el look se le sumaban las primeras zapatillas Nike de tela de avión que empezaban a diseminarse por San Isidro cuando aún no existía el conocido slogan que vendía el *Just do it*. Es así que, a veintisiete años de su muerte, el legado de Luca Prodan sigue sorprendiendo por esa fusión de elementos tan disímiles y, en una primera instancia, antagónicos, o que podrían ser considerados yuxtapuestos. Y todo dicho en una lengua castellana bastante "económica", donde muy pocas letras fueron escritas y cantadas en castellano. En *Divididos por la felicidad* sólo hay dos: "La rubia tarada" y "Mejor no hablar de ciertas cosas" (un tema del Indio Solari cedido para el grupo). En *Llegando los monos* hay tres: "El ojo blindado", "Que me pisen" y "Los viejos vinagres". En *After chabón* la suma se eleva a cinco: "Mañana en el Abasto", "Lo quiero ya", "Banderitas y globos", "El cieguito volador" y buena parte de "Noche de paz", una versión punk acelerada del villancico navideño. Es imposible saber si el castellano hubiera gobernado las letras de futuros discos, tampoco si iluminaría nuevos lugares, sólo es una duda, como la interrogación de la rubia tarada, bronceada, aburrida que pregunta: *¿por qué te pelaste?*

Por qué te pelaste?

ESTEBAN BITESNIK

De pronto, se baja un tipo de un avión y parece más bien que se hubiera bajado de un plato volador. Viene de Europa, pero parece que viniera de Marte. Atesora gran cantidad de información que los demás desconocen. Y es capaz de convertir toda esa información en música nueva, en un terremoto cuyas secuelas persisten hasta hoy. Cuando Luca Prodan llegó a la Argentina, el movimiento de rock necesitaba un cachetazo que lo despertara. La prohibición de difundir música en inglés, el infausto Festival por la Solidaridad Latinoamericana organizado y promovido por la dictadura durante la guerra de Malvinas y el repentino estímulo hacia aquello que hasta entonces si no era clandestino, al menos era desaconsejado, marcaban un panorama fatal: el fugaz éxito masivo de un dúo acústico que hacía canciones a imagen y semejanza (a imagen y semejanza zombie, claro) del primer Sui Generis y anunciaba "Hoy todos somos rockeros/no aparecen los tangueros" refleja con precisión de qué estoy hablando.

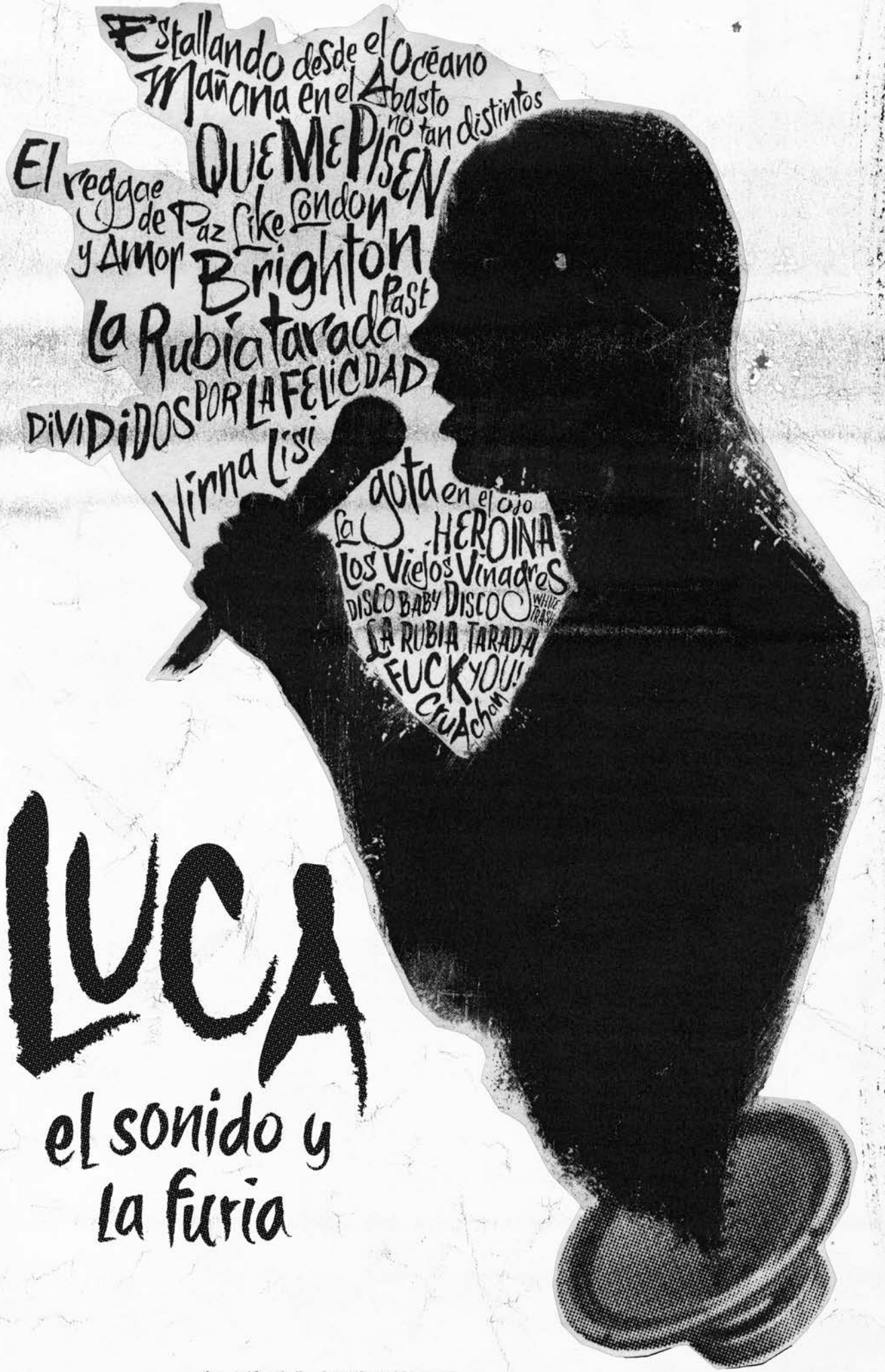
En su primera casa argentina, en Córdoba, Luca escuchó algo del rock nuestro de entonces y le dijo a su amigo Timmy McKern que pensaba que iba a ser fácil armar un grupo que sonara novedoso, que pateara el tablero. Así lo hizo.

En los tugurios del under porteño se cocinaba la nueva música. Y entre los tugurios, el Café Einstein -de Sergio Aisenstein y Omar Chabán, en Córdoba y Pueyrredón, con capacidad para apenas 80 personas- era el rey: allí solían tocar Soda Stéreo, Los Twist y Los Encargados. Allí empezó a llamar la atención Sumo.

> Parece extraño hasta decirlo, pero en 1981/82 no se podían conseguir en la Argentina discos de punk rock, de post punk ni de ska ni de reggae, ni mucho menos una banda que combinara esos géneros con naturalidad, como lo hicieron los Clash en Inglaterra, como aquí lo hizo Sumo mejor que nadie. El rock había perdido esa energía vital que lo convierte justamente en rock. Y llegó el marciano con los discos que nadie tenía. Y cantó en el/los idioma/s que se le cantaron las pelotas. Aterrizó en el momento justo en el lugar indicado y acabó con el letargo neohippie para siempre. No podemos decir que el público argentino "aceptó" la propuesta de Sumo: las cosas no sucedieron así, no se trata de un mozo que le extendió la carta a los comensales para que eligieran su plato predilecto. Ni Luca ni Sumo le pidieron permiso a nadie para existir: ocuparon el lugar que, sabían, era para ellos. Mientras otra banda pedía "Por favor, déjennos bailar", Luca cantaba **"No sé lo que quiero, pero lo quiero ya".**

A 27 años de la muerte de Luca Prodan, sus canciones, su voz, su figura, están tan incorporadas a nuestra memoria que parece que hubiera estado desde siempre. Legiones de jóvenes que no habían nacido en 1987 se apropiaron de su legado y llevan a Luca, devenido remera -generalmente negra, con el logo de Sumo en letras rojas- a todas partes. Y escuchan su música en formatos que aún no habían sido inventados cuando nos dejó. Lo que entonces fue novedoso ahora es clásico, pero la furia subsiste en el sonido. Luca nos enseñó que uno puede no saber lo que quiere, pero si sabe que lo quiere ya, en realidad sabe bastante más de lo que parece.

DANIEL RIERA


Estallando desde el Océano
Mañana en el Abasto
no tan distintos
QUE ME PISEN
El reggae de Paz y Amor
Like London Brighton Past
La Rubia tarada
DIVIDIDOS POR LA FELICIDAD
Virna Lisi
La gota en el ojo
HEROINA
Los Viejos Vinagres
DISCO BABY DISCO
WHITE TRASH
LA RUBIA TARADA
FUCK YOU!!
CRUACHAN
LUCA
el sonido y la furia

divididos por la felicidad

Luca Prodan vivió en la Argentina apenas seis años, entre 1981 y 1987. Llegó sin saber el idioma. Compuso una música que, en un principio, parecía fuera de lugar. Sin embargo, con el paso del tiempo se reveló como la más contemporánea, como la más argentina. Creó una obra tierna, feroz y sutilmente irónica que logró, como pocas, hablar de la posdictadura. "Toco con cinco músicos, no con cinco sociólogos", hubiera replicado al leer esta definición. Pero así fue: los discos de Sumo que, en apariencia, hablaban de otra cosa, mostraron los restos que habían quedado después de la derrota de las apuestas emancipatorias.

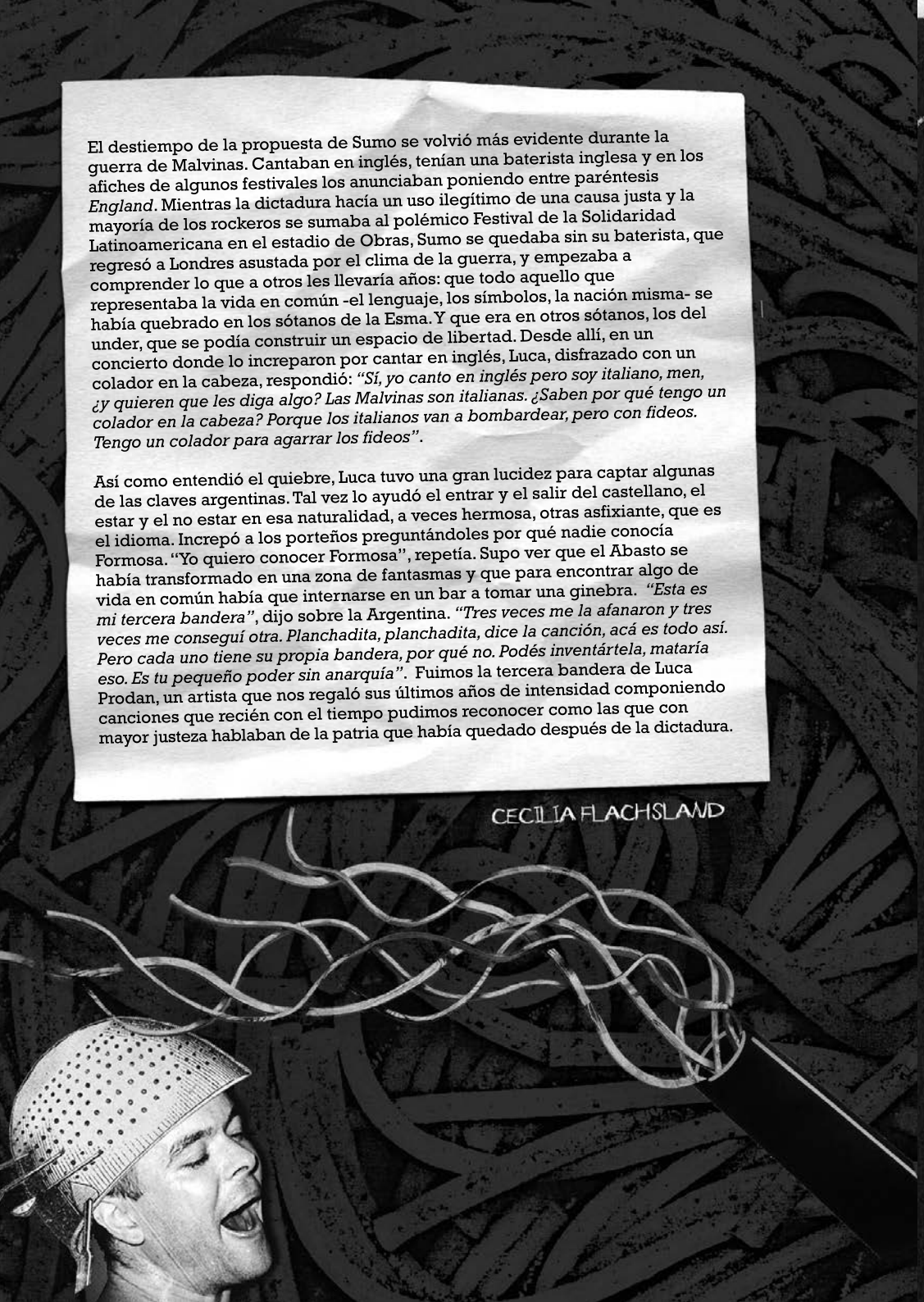
Luca, a su manera, también fue un sobreviviente de los setenta. Vivió una aventura contracultural europea entre la calle, las drogas y el rocanrol. Cuando la historia se le fue de las manos, viajó a Córdoba, impulsado por una bucólica foto familiar de su amigo Timmy McKern. Para salvarse del desborde eligió un país sumido en el terror estatal. "Siempre viví escapando", afirmó en varias entrevistas. De la familia, de la escuela, de la cárcel, del ejército, de la patria. Su biografía iba a tono con una época donde ya nadie parecía sentirse en su propia casa.

Vino con algunos discos que acá circulaban poco y nada. Y trajo novedades tecnológicas (una batería electrónica, una caja de ritmos, una portaestudio) que permitían lo que en ese entonces era una rareza, grabar canciones en el propio cuarto o en una sala de ensayo. La improvisación eléctrica que pelaba Sumo sacudió a la escena local, sumida en una cierta prolijidad insulsa. Para Luca, el rock tenía que ser "reo y rebelde". Por eso, se cagaba de risa de los que hablaban de "arreglos musicales". No sólo no eran posibles en el rock sino en ninguna jugada vital que cepillara a contrapelo la cultura oficial.

El periodista Eduardo Berti utilizó la expresión "poptimismo" para caracterizar al rock surgido en la "primavera democrática". Fueron muchas las bandas que enfrentaron la salida de la dictadura a través del baile, el color y los estribillos divertidos. La música de Sumo, en cambio, advertía que estábamos "divididos por la felicidad": "Yo siempre ando rompiendo vasos en los cuartos de otra gente/ siempre levantando tumbas de otra gente/ no importa lo que existió hace pocos años/ los días felices se quebraron, pero así es la vida".

El destiempo de la propuesta de Sumo se volvió más evidente durante la guerra de Malvinas. Cantaban en inglés, tenían una baterista inglesa y en los afiches de algunos festivales los anunciaban poniendo entre paréntesis *England*. Mientras la dictadura hacía un uso ilegítimo de una causa justa y la mayoría de los rockeros se sumaba al polémico Festival de la Solidaridad Latinoamericana en el estadio de Obras, Sumo se quedaba sin su baterista, que regresó a Londres asustada por el clima de la guerra, y empezaba a comprender lo que a otros les llevaría años: que todo aquello que representaba la vida en común -el lenguaje, los símbolos, la nación misma- se había quebrado en los sótanos de la Esma. Y que era en otros sótanos, los del under, que se podía construir un espacio de libertad. Desde allí, en un concierto donde lo increparon por cantar en inglés, Luca, disfrazado con un colador en la cabeza, respondió: *"Sí, yo canto en inglés pero soy italiano, men, ¿y quieren que les diga algo? Las Malvinas son italianas. ¿Saben por qué tengo un colador en la cabeza? Porque los italianos van a bombardear, pero con fideos. Tengo un colador para agarrar los fideos"*.

Así como entendió el quiebre, Luca tuvo una gran lucidez para captar algunas de las claves argentinas. Tal vez lo ayudó el entrar y el salir del castellano, el estar y el no estar en esa naturalidad, a veces hermosa, otras asfixiante, que es el idioma. Increpó a los porteños preguntándoles por qué nadie conocía Formosa. "Yo quiero conocer Formosa", repetía. Supo ver que el Abasto se había transformado en una zona de fantasmas y que para encontrar algo de vida en común había que internarse en un bar a tomar una ginebra. *"Esta es mi tercera bandera"*, dijo sobre la Argentina. *"Tres veces me la afanaron y tres veces me conseguí otra. Planchadita, planchadita, dice la canción, acá es todo así. Pero cada uno tiene su propia bandera, por qué no. Podés inventártela, mataría eso. Es tu pequeño poder sin anarquía"*. Fuimos la tercera bandera de Luca Prodan, un artista que nos regaló sus últimos años de intensidad componiendo canciones que recién con el tiempo pudimos reconocer como las que con mayor justeza hablaban de la patria que había quedado después de la dictadura.



A lo Sumo, Luca

Irreverente, excéntrico, intenso, "auténtico", rockero en el sentido más… rockero. Luca Prodan ha sido caracterizado suficientemente desde muchos costados de su compleja personalidad. Pero no tan seguido se lo rescata también como el atento melómano que era, responsable de importar información preciosa y determinante para el devenir del rock argentino a partir de los ochenta. Por algún motivo, la música a veces no está tan presente en sus evocaciones. Basta con revisar algunas entrevistas de mediados de aquella década para redescubrir un marco cultural-pop sensiblemente más amplio de lo que marcaba la época en la escena o las escenas locales por la entonces nueva democracia. Le ponían delante un grabador con un TDK D-60 y Luca se mandaba a hablar de punk, rock progresivo italiano, reggae, Van Der Graaf Generator, Leonard Cohen, Damned, Captain Beefheart, Johnny Moped, Roxy Music, Lou Reed o marchas escocesas. Toda esa discoteca, por supuesto, pesaba también al componer, tocar y grabar, aunque el público del momento (o el actual, en muchos casos) no lo detectara. Sumo no fue Sumo sólo porque Luca haya sido carismático o le pusiera alma y vida y salud a la faena. Entre otros hitos, Sumo brilló musicalmente también gracias a todo lo que Prodan había escuchado y, más aún, entendido durante su iniciación rockera transatlántica.

El reggae es un buen comienzo para apreciar este punto. La música jamaiquina apenas había latido en Buenos Aires cuando el italiano, que la había conocido bien durante su estadía en Londres, aterrizaba en Argentina. Combinado, como se dijo, con muchas otras influencias, el reggae y también algo de ska, su antecesor histórico, serían una parte esencial del primer Sumo. Aunque canciones como "Kaya", "Reggae de paz y amor" y "Regtest" eran en verdad de la Hurlingham Reggae Band, proyecto paralelo de explícita filiación, con prácticamente los mismos integrantes de Sumo (Mollo, Arnedo, Súperman Troglio, Pettinato), más el guitarrista Tito Fargo.

La Hurlingham tuvo vida propia sólo entre 1982 y 1984, sin legar ningún disco "oficial", aunque sí algunos registros informales que todavía dan vueltas por ahí, virtualmente. En uno de ellos, tomado en directo aparentemente en 1983, se despachan con un fino popurrí del rey del calipso Harry Belafonte, revisando clásicos como "Matilda", "Jamaica Farewell" y "Coconut Woman".

La comunidad jamaiquina en Inglaterra es numerosa. Luca vivió in situ el ascenso del reggae británico, contemporáneo al punk, a fines de los setenta. El italiano, que solía portar una remera con el tópico "Jamaica no problem", les prestaba atención a los rastas. Se dejaba llevar por sus tambores y líneas de bajo, pero desconfiaba de la doctrina.

"White Trash", quizás el más profundo track del semioficial disco *Corpiños en la madrugada*, lo cuenta bien. Arranca como una triste canción folk y se transforma en un rápido ska para decirles a los negros que los blancos también sufren. Dice: "Escucho a mis hermanos negros contarme cómo los han oprimido de todas las maneras posibles. ¿No sabés, rasta, que a nosotros nos han tratado exactamente igual?" Luca se lo explicó a Pettinato, en su rol de periodista, para la revista *Le Cirque*: "(en "White Trash"), puse a los negros que siempre se quejan de la ciudad, de cómo los tratan y todo eso y quieren volver a África, a Etiopía, que en ese momento estaba en crisis, con gente muriendo en la calle por la falta de lluvias. Por un lado, había mil personas muriéndose en Etiopía y por el otro estaban los tipos reggae de Jamaica, ignorantes, queriendo volver a Etiopía. Entonces me rayé un poco con ellos".

Sumo (mención especial para la milagrosa base Troglio-Arnedo) no sólo fue pionero en tocar reggae en Argentina sino que se mantendría como su más consistente ejecutante durante por lo menos veinte años; casi nada. Sólo dos décadas después de aquel estallido desde el océano, otros músicos argentinos, casi invariablemente inspirados en algún punto por Sumo, mostrarían haber captado la onda de rockers, one drops, lovers y demás yerbas a la Kingston. Pero hay que detenerse en otra peculiaridad: sucede que estos otros músicos de bandas de reggae se "especializaron" a fondo en la materia. Para Luca, en cambio, el componente jamaiquino era una frecuencia más entre el policromático ruido. Así y todo, le sobraba para correr con ventaja. Sólo un ejemplo del riquísimo aporte, en lo estrictamente musical, de un juglar postpunk que (el colmo del adelantado) llegó incluso un rato antes que el punk a la Argentina.

LUCA... UN SONIDO

"Luca no necesita ayuda. No necesita epitafios, y –sobre todo– ¡no necesita de alguien que lo explique!"
Ahí está.
Con esto ya me siento más cómodo; relajado.
¡Me vuelve la sonrisa!
Y puedo agradecer…
La vida –o, por lo menos, la primera parte de mi vida– me parecía un campo minado.
Cada nueva experiencia positiva parecía esconder una tragedia. Un drama.
¿Era culpa de mi familia? Los Prodan, que iban por el mundo cargando una mochila explosiva… un karma extraño…
"superpoderoso"… ¿tragi-cómico?
O, simplemente, es un dato hecho que Dios se divierte con nosotros… con su buena dosis de Humor Negro?!

Pero, pará Andrea;
acá se celebra la vida de Luca,
mi hermano mayor.

Estamos celebrando algo muy especial…
la inmortalización de alguien
que fue algo MÁS que un músico de ROCK.
Por qué: ¿"algo más"?
No sé. Esto lo estamos descubriendo… en el día a día. Y es fascinante.
Luca.
¿Un loco y lúcido chamán?
Entró por la ventanilla del baño a la fiesta –algo exclusiva– del Rock Argento.

Entre Spinettas, Charlys y otros "próceres" del auto-denominado firmamento local, entró a la fiesta, con su pandilla de músicos casi pasolinianos y creó La Libertad.
Sin eslóganes, sin banderas, sin pedir permiso.
Luca nunca pidió "permiso" en su vida.
¿Acaso le pidieron permiso a él…? ¿De enviarlo a un colegio en el norte de Escocia con sólo nueve años? ¿De ponerlo preso por posesión de un puñado de porro, en Roma? ¿Acaso le pidieron permiso por lo que se transformó en un tren de injusticias sociales e íntimas en su vida?
No voy a caer en retóricas; no me gusta banalizar lo sagrado (…que es LA VIDA.)
Luca conecta con nosotros.
Luca usa su historia, su experiencia, su VOZ para hacerlo. Pero sobre todo:
SU MENTE.
Luca nos excita, porque nos reserva SORPRESAS. Tristes o Divertidas.
Su mundo es, aparentemente, apolítico.
Letras improvisadas
(que casi siempre quedan) son una breve excursión sobre el ser humano.
Esto es lo que, realmente, le importaba a mi hermano. El SER HUMANO.
Y, volviendo a su VOZ…
Conecta inmediatamente. Al igual que su mente. No hay "separación".
SU SONIDO. No hay "fórmula".

LU-CA

Los sonidos hablan. Volvemos, con él, a un estado de pureza antigua. El ANIMAL nos habla.
Sonidos = información.
Hasta el idioma es secundario.
El intelecto hace "… pufff…",
no sirve.

Yo, Andrea,
¿he hablado demasiado?
Ya sé…
Luca no necesita de mi ayuda.
Pero… lo quiero.

¡Que disfruten de la muestra!

Una muestra requiere muchas manos, ideas y esfuerzos. Varias direcciones, departamentos, áreas de la Biblioteca Nacional colaboraron en Luca: el sonido y la furia. Mencionamos aquí, a riesgo de ser injustos, a quienes participaron directamente de ella.

El equipo de producción de la muestra fue integrado por: Esteban Bitesnik, Pablo Licheri, Nicolas Rubio, María Redondo, Nicolás Rey, Santiago Larre, Eliana Gamba, Leonardo Fernández, Jorge Zunino, Daniel Riera, Viviana Norman, Evangelina Aguirre, Ema Falú, Claudia Zoya, Esteban Trevisan, Luis Rosales, Sebastián Dubois, Cecilia Calandria. Colaboraron de distintos modos: Cecilia Flachsland, Daniel Flores, Gabriel Patrono, Luis Bertoa, Alejandra Santillán y Ximena Talento. Notburga Veronique Pestoni y Máximo Fiori -del Área de diseño gráfico- hicieron las piezas de la muestra y del sobre-catálogo. Los compañeros del Departamento de producción -y en especial Valeria Nadra- persiguieron la realización de cada pieza. Los del Departamento de Infraestructura y Servicios acondicionaron la sala. Pero esta muestra, con tantas manos, no hubiera sido posible sin la decisión y la generosidad de Andrea Prodan.

Biblioteca Nacional

Director: Horacio González / Subdirectora: Elsa Barber / Directora del Museo del libro y de la lengua: María Pia López / Directora Técnica Bibliotecológica: Elsa Rapetti / Director de Administración: Roberto Arno / Director de Cultura: Ezequiel Grimson

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

museo del libro y de la lengua

Museo del libro y de la lengua
de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Av. Las Heras 2555 | CABA | 4808-0090
Contacto: museodellibro@bn.gov.ar
Web: www.bn.gov.ar